



CUATRO CARTAS UNIVERSITARIAS
EN TORNO A LA UNIDAD DE
LOS CATOLICOS

Santiago, Abril de 1950.

LA INICIATIVA

Santiago, 11 de Abril de 1950.

“A los señores presidentes de los Partidos Conservador, Liberal, Falangista y Agrario Laborista.

Presente.—

Muy señores nuestros:

Frente a las próximas elecciones a celebrarse en la Escuela de Derecho, hemos creído necesario iniciar conversaciones con los jefes de los partidos católicos de la Universidad de Chile, para hacer realidad la honrosa y bien inspirada petición de S. S. el Papa, en lo referente a la unidad de los cristianos. Tanto falangistas como conservadores, liberales, agrarios y tradicionalistas, deben pasar por sobre todos aquellos pequeños obstáculos partidistas que los separan circunstancialmente y unirse frente al peligro común: el marxismo, que invade peligrosamente nuestro mundo universitario.

No creemos que el hecho de haber proclamado ya un sector universitario su candidato a la presidencia, sea un impedimento de peso para hacer efectiva esta loable iniciativa, que como siervos de Dios, adoptamos, convencidos de que todo lo que en este sentido se haga, redundará en beneficio del catolicismo que a todos nos inspira.

Saludan a Ud. a nombre de la Juventud Conservadora Tradicionalista. — (Fdo.) — *Delfin Bahamondes F.*, Jefe Nacional Universitario; *Oswaldo Marquez V.*, Jefe de la Universidad de Chile; *Fernando Coloma R.*, Jefe de la Escuela de Derecho”.

RESPUESTA SOCIAL CRISTIANA

Santiago, 13 de Abril de 1950.

Señor Delfín Bahamondes Fuentes.

Presente.—

Muy señor mío:

En respuesta a su carta abierta en la que en su calidad de jefe Nacional de los Universitarios Tradicionalistas, formula un llamado a los universitarios conservadores, falangistas, liberales y agrario laboristas a objeto de afrontar unidos la próxima lucha eleccionaria en la Escuela de Derecho puedo manifestar a Ud., que con verdadero interés he leído su comunicación y celebro que las palabras de Su Santidad en pro de la unidad de los cristianos haya tenido acogida entre los universitarios que Ud. dirige.

La unidad de los cristianos no sólo es necesario sino que urgente; pero esta unidad no puede tener otra finalidad que la de lograr la implantación integral de la doctrina de la Iglesia y de obtener mediante ella la redención del proletariado, suprema aspiración en el orden temporal; meta necesaria para poder derrotar al comunismo, consecuencia directa del liberalismo y capitalismo, tantas veces condenado por los Pontífices.

No podemos aceptar, la unidad preconizada por quienes no tienen otra mira en política que la defensa cerrada del orden liberal-capitalista, ya que nosotros, los social-cristianos, abogamos por un orden basado en la justicia y en una nueva distribución de las riquezas que haga imposible la existencia de clases privilegiadas.

La actual división de los católicos se debe principalmente a la insensibilidad de quienes han estado sordos a los requerimientos del Santo Padre para que sigan la doc-

trina social de la Iglesia que es incompatible con los intereses y designios de la derecha económica y política que sólo busca el medio de perpetuar su influencia política sin importarle mayormente la suerte del proletariado. Ya lo dijo Pío XI, "el mayor escándalo del siglo XX es la apostasía de las masas", frase lapidaria para muchos que creen que el catolicismo se reduce a ciertas formalidades externas. Por todo esto, señor presidente, miramos con pesimismo las gestiones de algunos bien inspirados católicos que desean vehementemente la unidad de los cristianos, unidad que sólo se alcanzará cuando todos, sin excepción alguna, estén dispuestos a seguir y practicar la doctrina social de la Iglesia.

Finalmente, quiero expresar a Ud., que ya los Conservadores han emprendido el camino de la unidad marchando estrechamente unidos con los Falangistas, que luchan con ardor y sinceridad por los postulados del social-cristianismo. Es así cómo en la Universidad de Chile hemos formado con ellos el Frente Demócrata Cristiano, que ha levantado la candidatura de Patricio Hurtado a la presidencia del Centro de Derecho por ser ella la expresión más pura de los ideales universitarios y cristianos.

Si Uds., aceptan estos planteamientos, aceptamos gustosos el concurso a esta candidatura.

Saluda cordialmente a Ud. — *Néstor Bahamondes Palma*, jefe Nacional de los Universitarios Conservadores.

RESPUESTA FALANGISTA

Santiago, 12 de Abril de 1950.

Señor presidente Nacional del Grupo Universitario Conservador Tradicionalista.

Presente.—

Muy señor mío:

Acuso recibo de su carta circular insólitamente dirigida “a los jefes de los partidos católicos de la Escuela de Derecho” proponiéndonos llegar —a nombre del catolicismo— a un acuerdo electoral en esa Escuela Universitario.

Deploro vivamente la forma errada cómo ustedes interpretan el dramático llamado a la unidad de los católicos, formulado recientemente por Su Santidad el Papa a los católicos chilenos, urgiéndolos a un efectivo cumplimiento de sus deberes sociales, al margen de pretexto, excusa y dilación de cualquiera naturaleza.

Estimo que es lamentable el abuso que ustedes hacen de expresiones de suprema nobleza, atingente al quemante deber que pesa sobre la conciencia cristiana frente a las circunstancias angustiosas en que se debate la sociedad contemporánea.

Si ustedes, señor presidente, desean concertar un acuerdo para ir juntos en la próxima elección del Centro de Derecho, sirvanse hacer una proposición, firmenla como conservadores tradicionalistas, pero considero un un verdadero abuso acudir al “catolicismo” para salir adelante en negocios electorales.

Porque, si lo que se desea efectivamente es detener el peligro común del marxismo, hay un solo medio para hacerlo.

Un solo medio, señor presidente, que ustedes no han usado jamás.

¡Abracen de una vez la lucha imperativa por la redención del proletariado, que es la única justificación del cristiano en la política en esta hora atormentada del mundo!

¡Participen activamente en la denuncia y en la lucha contra la sociedad capitalista, materialista, fuente de injusticia y caldo de cultivo para el marxismo!

¡Y contribuyan con hechos y obras a recuperar para los políticos cristianos, la confianza de ese inmenso número de hermanos nuestros ¡los pobres! que por muchos decenios han visto a eso que ustedes llaman "partido católico", invariablemente al servicio de ideas, instituciones, intereses y tradiciones en la que ellos no tienen sitio, cabida ni esperanza alguna.

Es esta abnegada tarea el único camino para unir a los cristianos en política.

Lo saluda Atte. (Fdo). *Juan Bosco Parra*, presidente Nacional de la Falange Universitaria".

EPILOGO

Santiago, 20 de Abril de de 1950.

Señores Néstor Bahamondes P., y Juan B. Parra, Jefe Universitario Conservador Social Cristiano y Presidente de la Falange Universitaria, respectivamente.

Presente.—

Muy señores nuestros:

Ante la insólita respuesta que recibimos hace pocos días, nos vemos obligados a replicar para puntualizar nuestras intenciones al pedir la unidad, y además, con el objeto de aclarar ciertos puntos doctrinarios.

La iniciativa de la Juventud que representamos se debió al afán de seguir los consejos Pontificios que siempre la ha animado; no hacíamos sino responder al llamado que Su Santidad dirigió a Chile por intermedio de Monseñor Tardini. La unidad electoral de los partidos de orientación católica es el punto principal del mensaje Pontificio. El Papa no pretende que las asociaciones políticas formadas por católicos se fusionen, sino que especifica claramente que los católicos pueden militar en cualquier partido que de garantías a la Iglesia. En cambio, se desprende del fondo de la comunicación, que ellos, ante las elecciones deben aunar sus fuerzas, para evitar la designación de un enemigo del catolicismo. El Romano Pontifice no hace sino confirmar la doctrina de la Iglesia en este punto, que ya había sido manifestada por Su Santidad hace varios años, siendo Cardenal Secretario de Estado.

Las respuestas de social-cristianos y falangistas contienen graves acusaciones que debemos aclarar, decía nuestro correligionario Fernando Zegers, hace pocos días. Los

fundamentos de su raciocinio consisten en denegar nuestra petición, porque, a su juicio, los conservadores tradicionalistas no seguirían la doctrina de la Iglesia y defenderían el capitalismo liberal. Se explayan, entonces, en largas argumentaciones en contra del régimen capitalista individualista y deducen que es nefasto. Obtienen como consecuencia que no pueden pactar con quienes aceptan algo perverso, y por lo tanto, se niegan a todo intento de conciliación ante los comicios electorales.

En primer lugar, no son ellos los llamados a juzgarnos, ni a negar que seguimos las enseñanzas de la Iglesia. Su Santidad Benedicto XV especifica claramente en la Encíclica "Ad Beatísima" que es atributo exclusivo de la autoridad eclesiástica el calificar el grado de catolicismo de los diversos grupos católicos. Rechazamos sistemáticamente el individualismo y en consecuencia el capitalismo liberal, en nuestra calidad de seguidores de la doctrina social de los Pontífices. Negamos, eso sí, que el régimen capitalista sea condenable en sí mismo. El Papa lo ha definido, como: "...al régimen capitalista, o sea hacia aquella manera de proceder en el mundo económico, por la cual unos ponen el capital y otros el trabajo..." (Quadragésimo Anno de S. S. Pío XI) Reconociendo la filosofía católica el derecho de propiedad, nos parece difícil encontrar un régimen económico en que se dé el caso que no pongan unos el capital otros el trabajo; aún el corporativismo —el ideal del Cristianismo Social— no es sino una derivación del capitalismo

Es fundamentalmente diverso un capitalismo liberal de uno católico. Los sectores maritánicos en general, han pretendido rebajar el social cristianismo a la categoría de un régimen económico, que sería una transición entre capitalismo y socialismo. Pero el social-cristianismo no es tal; no es sino un conjunto de principios generales, las

enseñanzas de Cristo, aplicadas a un campo económico social y a otro político, mediante la interpretación de las Encíclicas. Al respecto, S. S. León XIII en la Encíclica "Graves de communi" nos dice que: "En opinión de algunos, la llamada cuestión social es solamente económica, siendo por el contrario, ciertísimo que es principalmente moral y religiosa, y por esto ha de desenvolverse de conformidad con las leyes de la moral y de la religión".

La divergencia doctrinaria que nos separa de los grupos integrantes del llamado "Frente demócrata cristiano" pertenece esencialmente al campo de la filosofía política. Para ella, el gran problema consiste en armonizar los derechos fundamentales de la persona humana con el bien común de la sociedad. El colectivismo ha dado su solución, que consistiría en la aniquilación total del individuo, su esclavización al bien social, representado por un Estado omnímodo. El individualismo absoluto por su parte, ha dedicado al individuo, subordinando completamente el interés social al particular. La doctrina social de la Iglesia o social-cristianismo, pretende, en cambio, crear la armonía entre el hombre, la sociedad y la Iglesia, para la unidad en la verdad de los hijos de Dios.

El frente demócrata cristiano ha adoptado la posición llamada "el tercer frente maritaniano". Este planteamiento es personalista; la autoridad es meramente consentida por la sociedad en general y la persona en especial; es derecho fundamental de la persona humana la libre práctica privada y pública de cualquier culto o doctrina. En consecuencia, frente al atropello al bien común que significa una secta subversiva —para cuyos fines todos los medios son lícitos— la sociedad no tiene defensa, su bien común no importa; los agitadores son "personas" y su acción no puede ser detenida. Nosotros sostenemos, en cambio, que la sociedad, por el principio

de moral llamado "del Doble Efecto", del cual se desprende la propiedad de la legítima defensa, puede y debe defenderse con medios de la misma categoría de los usados por los agresores (sin que ello obste para que haya medios ilícitos en sí); de este modo se conserva la justa ecuación entre los derechos de la persona humana (entre los cuales no se cuenta el libre ejercicio privado y público en sí, sino el libre arbitrio) y el bien común de la sociedad.

Con este planteamiento previo se justifican muchas actitudes. Social-cristianos y falangistas rechazaron la Ley de Defensa Permanente de la Democracia; los conservadores tradicionalistas la aprobaron. Así también se explican las intempestivas declaraciones del Ministro de Educación, de la más pura ortodoxia maritaniana. Si es derecho innato de la persona el profesar públicamente cualquier creencia, todos los credos pasan a tener los mismos derechos; por lo tanto, en la educación no puede haber religión o creencia favorecida. Todas merecen el mismo trato; es necesario hacer enseñanza social y no religiosa.

Como se ve, las diferencias de pensamiento no son mera utopía; influyen directamente las actitudes partidistas. Basándonos en las cuestiones doctrinarias tratadas, razón tenemos para acusar a nuestros eventuales adversarios de un individualismo peligroso, traducido en un novedoso "personalismo". Creemos sinceramente que el planteamiento maritaniano adolece de liberalismo político, apartándose plenamente de la tesis ideal de la Iglesia, expresada en las Encíclicas. No consideramos conveniente inspirarnos en filósofos o intérpretes de dudosa fidelidad; buscamos nuestra fuente de inspiración en los mismos documentos Pontificios.

Fuera de esta divergencia doctrinaria nos separa

también de los sectores marítimos chilenos, una diferente posición política. No creemos que el social cristianismo pueda ser rebajado, sin grave menosprecio, a la categoría de instrumento electoral. Tampoco podemos adoptar la actitud de hacer más y más promesas o propiciar leyes absurdas, basándonos en una exagerada sensibilidad social. Lo que nuestro pueblo necesita son hechos y no palabras, en su beneficio. El político y más aún el legislador, debe conmoverse ante la miseria del proletariado mediante la tan mentada sensibilidad, pero debe dar soluciones con la cabeza. La pura sensibilidad conduce en el terreno político —como en cualquier otro— a los absurdos más monstruosos.

Bajando nuevamente al terreno de las respuestas social-cristiana y falangista, analizaremos ciertas afirmaciones accidentales que ellas contienen.

Los falangistas nos acusan de pedir un pacto electoral, un apoyo político en nombre del catolicismo. Si es apoderarse del catolicismo seguir el llamado de S. S., nos hemos apoderado de él; mas, no creemos que pueda ser así. Sería absurdo pensar que nadie siendo católico, desaje de seguir los consejos Pontificios. Digna de la mayor alabanza es nuestra gestión —inspirada en el más puro espíritu católico— y no de una crítica absurda. Hemos realizado un gran sacrificio al pedir una unidad, aunque sea circunstancial, a grupos como la falange, en tensión a veces con la autoridad eclesiástica y algunos de cuyos componentes, a nuestro entender, sostienen ideas manifiestamente opuestas a la filosofía católica. Tampoco puede decirse que tengamos afinidad política con los conservadores social-cristianos, que a todo intento nuestro de conciliación, han respondido con notorios desaires.

Como ya adelantaba nuestro director de propaganda, la respuesta social-cristiana reconoce, sin embargo,

que seguimos el espíritu del llamado de S. S., al decir: "...puedo manifestar a Ud. que con verdadero interés he seguido su comunicación y celebro que las palabras de S. S., en pro de la unidad de los cristianos hayan tenido acogida entre los sectores que Ud. dirige". Lo lamentable es que los sectores componentes del frente demócrata-cristiano hayan hecho caso omiso del llamado de unidad del Papa (que para el caso de Chile, es de unidad de los católicos y no de los cristianos, palabra ésta con que suelen encubrirse actitudes demasiado divergentes). Más aún ante el hecho que el Partido Conservador Social Cristiano no pueda argüir una fundamentación doctrinaria sólida, que exige el Papa a las asociaciones católicas para la existencia de divisiones partidistas. Dentro del referido partido existe una corriente maritaniense, que ordinariamente ha impuesto su pensamiento, y otra que no lo es. Si en Chile hay un partido social-cristiano de tendencia maritaniense —la Falange— y otro también social-cristiano, pero antimaritaniense, el conservador tradicionalista, ¿qué objeto tiene la existencia de un tercero que no quiere ser ni lo uno ni lo otro?

Nos alegramos, por otra parte, que los falangistas reconozcan nuestra calidad de auténticos conservadores. Dice la contestación de dicho sector en uno de sus acápites: "... ¡Los pobres! que por muchos decenios han visto a eso que ustedes llaman partido católico..." La Falange Universitaria nos reconoce, pues, una existencia de decenios, y al reconocerla, nos identifica como Partido Conservador. Tiene razón; es propio del espíritu conservador seguir los consejos del Santo Padre, y no rechazarlos escudándose en acusaciones sin fundamento, como lo ha hecho un sector que se dice conservador.

Sobre el caso específico de la candidatura por el Frente Demócrata Cristiano en la Escuela de Derecho de

la Universidad de Chile, debemos hacer algunas aclaraciones. Dicen los social cristianos: "Es así como en la Universidad hemos formado con ellos (se refiere a los falangistas) el Frente Demócrata Cristiano, que ha levantado la candidatura de Patricio Hurtado a la presidencia del Centro de Derecho por ser ella la expresión más pura de los ideales universitarios y cristianos". Luego nos piden el aporte a dicha candidatura.

No creemos que puedan identificarse "los ideales universitarios y cristianos" con una sola candidatura o una sola persona; nadie puede arrogarse la representación exclusiva de dichas sentidas aspiraciones de un núcleo importante de la juventud chilena.

Por su parte, los falangistas expresan en su contestación: "Pero consideramos un verdadero abuso acudir al catolicismo para salir adelante en negocios electorales". Hemos dejado ya en claro que sólo hemos seguido instrucciones pontificias. Los demócratas cristianos parece estar olvidados que el presidente del Centro es un conservador tradicionalista. Se sabe que en caso de ir dividida la izquierda —vale decir radicales, socialistas y comunistas— la primera fuerza electoral de la Escuela de Derecho es la combinación liberal-conservadora tradicionalista. Fue así como el señor Angel Fernández obtenía el año pasado la primera mayoría de votos, por un amplia margen, mientras el candidato demócrata-cristiano, señor Walker, remataba en cambio, en tercer lugar, a una distancia bastante apreciable del 1º y el 2º. En consecuencia, siendo grupo mayoritario, hemos acudido a un sector minoritario, considerando que la izquierda va unida y le hemos ofrecido llevar incluso a un hombre de sus filas. ¿A quién hemos pedido apoyo electoral, en consecuencia? ¿Cómo hemos usado el catolicismo para "negocios elec-

torales"? ¿Sería acaso al hacer un gran sacrificio e iniciar gestiones de unidad con un desinterés encomiable?

Vivimos en un mundo convulsionado, inficionado de materialismo. La materia ha pasado a ser un Dios. Deidad maligna, que en alas de muchedumbres comunistas, envía rayos de muerte, esclavitud y opresión sobre una humanidad beoda de soberbia. Se hace imprescindible a la civilización cristiana recordar el día solemne en que del corazón mismo de la montaña apareciese la aurora de la Redención. Nació Cristo y con El una gran doctrina, que al morir el Redentor, dejaría tras de sí un símbolo magnífico, abierto, grandioso: la oposición misma de aquel otro emblema, que cerrándose sobre sí mismo, pretende destruir a la humanidad, envolviéndola en su tenaza de acero. Debemos oponer la Cruz a la hoz y el martillo, en una lucha titánica en defensa del bien. Para ello, debemos unirnos en torno a nuestros pastores. Porque la gran batalla no podría ganarse si no desaparecen el odio, las insidias y los prejuicios que hoy dividen a los católicos. Puede ser que se desplacen las nubes y veamos alzarse en el horizonte la gran claridad del cristianismo: la verdad en la unidad y la unidad en la verdad.

Deljin Bahamondes Fuentes, jefe Nacional Universitario. *Oswaldo Márquez V.*, jefe de la U. de Chile.

Fernando Coloma Reyes, Jefe de la Escuela de Derecho.